

Realidad y ficción en los Quinquenarios de Pedro Gutiérrez de Santa Clara

Por: Héctor López Martínez

En un erudito análisis de las principales fuentes para el estudio de la rebelión de Gonzalo Pizarro en el Perú (1544-1548), el historiador francés Marcel Bataillon (Dijon, 1895-París, 1977) hizo un parangón entre las crónicas de dos mestizos: el peruano Garcilaso de la Vega y el mexicano Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Ambos, en una fase tardía de sus vidas, desde su propia lejanía temporal y geográfica, en la Nueva España éste y en Andalucía aquél, "pretenden revivir el pizarrismo como un pasado suyo".¹

La actitud y el método del Inca Garcilaso —dice Bataillon— carecen de misterio en su *Segunda Parte de la Historia del Perú*. "Garcilaso no invoca su experiencia personal de niño sino en episodios cuzqueños. Por lo demás cita honradamente sus fuentes impresas: Gómara, Zárate, el Palentino; se contenta con glosarlos y discutirlos de vez en cuando, con su ironía de gracia inconfundible. Apologista de los conquistadores —y del propio Francisco de Carvajal a quien, de niño, había visto cabalgar en su mula bermeja— salva siempre lo que debe a la lealtad monárquica un caballero".²

Bataillon tiene un concepto muy distinto de Pedro Gutiérrez de Santa Clara, cuya huella biográfica en general es tenue y que, según propia confesión, anduvo muy joven en la guerra perulera que narraría cincuenta años después³. Bataillon, con argumentos de gran solidez, cuestiona inclusive que Gutiérrez de Santa Clara hubiera venido al Perú. El historiador francés apunta que el cronista mexicano jamás dice claramente de qué acontecimientos fue testigo, aunque hizo creer a la posteridad que asistió a la mayor parte de ellos, "sólo con derrochar imparcialmente color, movimiento, ambiente, nombres de comparsas y nombres de lugar sobre todos los episodios narrados por los primeros historia-

1 Bataillon, Marcel... "Interés Hispánico del Movimiento Pizarrista (1544-1548)". Tirada aparte de las Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas, Oxford, The Dolphin Book Co. Ltd., 1964, pag. 4.

2 Bataillon, Marcel... Ob. cit., pag. 5.

3 Ibidem.

dores con una técnica literaria que hace de él un precursor de Pérez Galdós. Se muestra también novelador de la historia en su procedimiento de total ocultación de sus fuentes; pues son claramente identificables varias de las suyas, que muchas veces parafrasea o adultera descaradamente, y las pocas "autoridades" a que alude son hijas de su mixtificante fantasía".⁴

El historiador español Juan Pérez de Tudela no comparte la opinión del gran hispanista galo hasta el extremo de aceptar que Gutiérrez de Santa Clara nunca hubiera venido al Perú como soldado o comerciante.⁵ Sin embargo coincide plenamente con el análisis de estilo de los Quinquenarios que hizo Bataillon donde se aprecia "una técnica de relato eminentemente novelesca, en la línea trazada por Bandello, y cuyos recursos más propios y constantes serían la amplificación imaginativa de los datos extraídos de las fuentes, la acentuación de los rasgos psicológicos de los personajes y de sus destinos, la preferencia y detención en el hecho pintoresco—inventado si es preciso—y el propósito definido en cuento a dotar de coherencia, al modo novelesco, la acción desenvuelta por el narrador...".⁶

A esto le llaman Bataillon una "técnica literaria de pseudotestigo"⁷. Gutiérrez de Santa Clara —añade— pinta, como si los viera, a los protagonistas en acción en cada episodio decisivo, presentándolos al lector tales como pasaron a la historia, ellos y el episodio. "Lo cual da a pensar que sus pinturas son fruto, no de una experiencia personal, forzosamente limitada, sino de una técnica de reanimación imaginativa, fácil de aplicar a un cúmulo de conocimientos librescos".⁸

Bataillon ha investigado en profundidad estos conocimientos librescos, a los cuales habría que añadir otro rasgo muy destacado en la *Historia de las guerras civiles del Perú*: el de introducir en el relato personajes ficticios con nombre, apellido y hasta lugar de nacimiento. Esos comparsas —soldados, pajes, secretarios, criados, etc.— actúan siempre a la sombra de una figura conocida y se les menciona a lo menos dos veces: una de paso y otra con un papel anecdótico curioso.⁹

Según Bataillon, con este método, Gutiérrez de Santa Clara inserta en su crónica aproximadamente 260 personajes que sólo él conoció, que no aparecen en otras fuentes, y le cambió el nombre de pila, intencionadamente, a unos 45 individuos más.¹⁰ Sustentándose en estos hechos Bataillon concluye que los Quinquenarios son un ingenioso éxito de la historiografía imaginativa, fundado

4 Ibidem.

5 Pérez de Tudela y Bueso, Juan... "Observaciones generales sobre las guerras civiles del Perú", Prólogo a la edición de las crónicas de Diego Fernández, Pedro Gutiérrez de Santa Clara y Juan Cristóbal Calvete de Estrella. En: Biblioteca de Autores Españoles "Crónicas del Perú". Madrid, Ediciones Atlas, 1963. Tomo I, pág. LXXXVIII.

6 Bataillon, Marcel... "Gutiérrez de Santa Clara, escritor mexicano". En Nueva Revista de Filología Hispánica (México). Año XV. Julio-Diciembre 1961. Núms. 3-4. Homenaje a Alfonso Reyes, pág. 406.

7 Ibidem.

8 Ibidem.

9 Bataillon, Marcel... Ob. cit., pág. 413-414.

10 Ibidem.

en abundante documentación¹¹. Algo más: se pregunta por qué Pedro Gutiérrez de Santa Clara no ocupa el lugar que le corresponde en las letras de la Nueva España y sólo se le recuerda como "testigo número uno" de la gran rebelión pizarrista en el Perú, cuando precisamente existen infinidad de argumentos para cuestionar dicha presencia y actuación.¹²

Creemos que una muestra significativa de la "mixtificante fantasía" a la que alude Marcel Bataillon es el suceso que relata Gutiérrez de Santa Clara en el libro V, capítulos XXVIII (bis) y XXIX de su *Historia de las guerras civiles del Perú*. El hecho tiene como escenario la ciudad del Cuzco cuando ya la estrella del rebelde Gonzalo Pizarro declinaba aceleradamente y en el ánimo de sus seguidores las esperanzas de triunfo eran cada vez más escasas y remotas. Vamos a transcribir el mencionado texto para luego comentarlo y fundamentar nuestro aserto.

CAPITULO XXVIII (bis)

"De cómo Diego de Caravajal, el Galán, afrontó malamente a Francisco Marcián Diáñez, el músico, por ciertas palabras que le achacó haber dicho en un corrillo contra su honor y reputación."

"Estaban dos hombres en la cibdad del Cuzco, los cuales fueron muy grandes amigos y servidores de Gonzalo Pizarro, el uno de los cuales se llamaba Diego de Caravajal, el *Galán*, natural de Plasencia, y el otro se decía Francisco Marcián Diáñez, que era gran músico y natural del reino de Valencia de Aragón. Estos dos hombres anduvieron siempre juntos como verdaderos amigos, sabíanse los secretos el uno del otro, y entrambos juntos posaban en una casa, y entre ellos no había cosa partida, y así se quisieron y amaron mucho, como si fueron muy íntimos y verdaderos hermanos y más que amigos. Y dende a ciertos días que llegaron al Cuzco, por vía de malos terceros, y el demonio, que nunca duerme, puso entre ellos gran cizaña, y se enemistaron bravamente por vía de malos expositores, que nunca faltan en el mundo. La ocasión porque se enemistaron fué, a lo que dicen, que estando una vez Francisco Marcián Diáñez en un corrillo de hombres en el patio de la casa del licenciado Cepeda, debaxo de cuya bandera estaba, hablando en diversas cosas, y en el desbarate de la batalla de Guarina, dicen que dixo estas palabras: "Entre otras cosas que yo noté en la batalla de Guarina vi que Diego de Caravajal, el *Galán*, se apeó de su caballo, y se tendió en el suelo entre los muertos porque los de Centeno no le matasen; a mí cierto me pareció muy mal en ver su cobardía, que yo mismo le quise dar de lanzadas si no fuera tan mi amigo. Y pues hombre que dexó en tal tiempo el caballo, no meresce de aquí adelante cabalgar en él, ni en otro, ni aún debe de traer más armas sobre sí". Y así dicen que dijo otras muchas cosas contra su honor y reputación."

11 Bataillon, Marcel... Ob. cit., pág. 418.

12 Bataillon, Marcel... Ob. cit., pág. 405.

"Diego de Caravajal fué avisado destas cosas, por lo cual rescibió muy grande ira y encono contra él, y así andaba aguardando tiempo y coyuntura para vengarse, y no hallaba oportunidad porque en su casa había mucha gente, que por horas y momentos era frecuente[da] de amigos y de soldados. Y Francisco Marcián Diáñez andaba siempre muy rodeado de sus amigos, porque era de muy buena parte y era gran músico, y por las buenas partes que tenía era bien quisto, y a todo esto no sabía él que Caravajal estuviese enojado contra él, mas, empero, le vía siempre rostrituerto cuando hablaba con él, y por esto se pasó a casa de su capitán Cepeda, que posaba junto a la plaza en una calle angosta.

"Estaba asimismo en esta cibdad del Cuzco una viuda muy honrada, moza hermosa y rica, llamada doña Catalina de Salazar, mujer que fué del teniente Alonso de Toro, que fué muerto a puñaladas por su suegro, como atrás queda dicho. Diego de Caravajal procuró de le servir y requestar de amores, y como ella era muy noble y honesta, no quiso dar oídos a las cosas que le decían sus amigas, por lo cual determinó Caravajal de casarse con ella, pues era de buena parte, y ella no se quiso casar con él por lo que agora dire: Cuando mataron al teniente Alonso de Toro, hallóse en esta cibdad Juan de Caravajal, hermano mayor de Diego de Caravajal, que era hombre anciano y valeroso en la tierra y vecino de las minas de las Charcas, y era bien rico, y los amigos que este hombre tenía le quisieron casar con esta viuda. Ella lo rehusó a causa que el marido había poco que era muerto, y porque las gentes no dixesen que ella lo había hecho matar por casarse con otro, y porque también Juan de Caravajal se fué en este comedio a la cibdad de Lima, a servir a Su Majestad y al presidente, y así no hubo efecto, y así quedó la cosa pendiente hasta que volviese. Pues Diego de Caravajal, pretendiendo mucho casarse con ella, fué importunada de ciertas personas que lo hiciese, y ella para lo haber de hacer, determinó de tomar el parecer y consejo de Francisco Marcián Diáñez, y saber dél que costumbres tenía Diego de Caravajal, y así lo envió a llamar, porque había oído decir que siempre andaban pareados, y que eran grandes amigos. Venido que fué, le dixo todo lo que pasaba entre los dos hermanos, y le preguntó con cual de los dos se podría casar, porque entrambos la demandaban en casamiento, y que no lo había querido hacer hasta en tanto que le diese su parecer. Francisco Marcián Diáñez, entre otras cosas que le dixo muy largas, alabándole el casamiento: "Lo que yo señora hiciera, si fuera que vos, pues me pedís mi parecer, digo que yo me casara con Juan de Caravajal, pues fué el primero a quien se le habló, y en fin es hombre mayor y más asentado, y de más sagacidad y cordura que su hermano, y debaxo de la barba cana se honra la moza lozana. Y Diego de Caravajal es persona de valor y muy estimada en la tierra, y uno de los ricos capitanes que Pizarro tiene al presente, y es mozo y gran gastador que nunca le falta qué, y si lo queréis con estas condisciones, haced lo que mejor os pareciere; quizá después de casado con vos mudar tondisción; y cierto me holgara yo mucho que os casárades con él". Y así le dixo otras cosas, todas las cuales vinieron a noticia de Diego de Caravajal, aunque la viuda no quiso casarse con él, por lo cual rescibió grande enojo, más del que tenían antes, y por eso determinó de veras de lo matar o de lo'afrentar malamente. Con esto lo envió a llamar un día desde su casa con su criado Juan Pérez Corvillo, el cual fué luego a su llamado, y del fué bien

recibido con muestra de gran amor, hablándole muy bien, y le hizo asentar en una silla, teniendo las espaldas a la puerta de una cámara.

"Estando los dos hablando en cosas particulares, dixo Diego de Caravajal muy disimuladamente a su criado, a Juan Pérez: "Por vida vuestra que hagáis lo que os tengo dicho, por que me parece que es ya muy tarde". Juan Pérez entró en la cámara, como que iba por su capa, y en continente salió della con Juan del Castillo y cuatro negros, y sin que él lo sintiese, arremetieron a él, y derribándolo en el suelo, le quitaron por fuerza la espada y la daga, y le maniataron reciamente, aunque el se quexaba en vano, y decía que ¿por qué le trataban tan mal?; Caravajal le dixo: "Luego se os dirá el por qué". Después que Caravajal le vido así bien atado le dixo: "Marcián, vos dixistes el otro día, en el patio del licenciado Cepeda, en un corrillo de caballeros, que yo me había echado de puro cobarde entre los muertos, en la batalla de Guarina, por no pelear: a esto digo que mentistes con gran mentira. Ultra desto dixistes a doña Catalina de Salazar que yo era loco y vano, y que no era hombre para casarme con ella, y así dixistes otras muchas cosas, que fueron muy mal dichas, contra mi persona y honor, y hombre que tales cosas dixo, meresce ser bien castigado como agora lo veréis". Queriendo responder Marcián Diáñez, no le dexaron; antes con gran furia y desatino le desnudaron, haciéndole pedazos por detrás los vestidos con las dagas, hasta que lo dexaron desnudo, y le abajaron las calzas, y lo pusieron sobre una escalera maniatado, y alta la camisa, al cual azotaron terriblemente, hasta que lo dexaron maltratado y sin aliento, que ya no podía ganir, de las voces que había dado. Aunque fué oído de los que pasaban por la calle y de la vecindad, tuvieron entendido que era algún negro al que azotaban; ya que supieran quién era, y quisieran entrar para lo quitar, no pudieran, porque eran las puertas y casa altas y fuertes, que estaban las puertas bien atrancadas, que no había por do entrar.

"Después de hecho (*sic*) esta crueldad, Diego de Caravajal mandó desatar a Marcián Diáñez, y le dió una cédula para que la firmase de su nombre, y lo que en ella se contenía era esto: de cómo el había dicho muchas palabras feas, injuriosas y muy mal dichas, contra la honra y buena reputación de Diego de Caravajal, delante de muchos caballeros, estando en casa del licenciado Cepeda, y que en todas ellas había mentido con gran mentira y falsedad, y que las había dicho de envidia que dél había tenido, por le haber visto en la batalla de Guarina pelear como buen caballero. Francisco Marcián Diáñez dixo que tales palabras él no las había dicho, ni habían salido de su boca, porque el que se la dixo mentía como mal hombre, y que aquel mismo le echaba la copla, pues se lo había dicho en su cara, no se lo habiendo probado de cómo él lo había dicho y platicado. Y en lo que decía que había peleado como buen caballero, que así sería, pues él lo decía, que él no había mirado en tanto, porque tuvo harto que mirar por sí en defenderse de cuatro hombres de a caballo que le cercaron para le matar. "Y en lo que tocaba a doña Catalina de Salazar es verdad que comunicué con ella lo que a vuestra honra y a la de vuestro hermano y a ella convenía, sin perjudicar a nadie, y no los disparates que dicen que yo le dixi, sino que algún mal intencionado, que nos quiere mal, habrá dicho esas novedades para que hagáis en mí lo que habéis hecho". No contento Diego de Caravajal con esto, arremetió

a él con la daga en la mano y le cortó las barbas, que las tenía muy largas y le amenazó que le daría de puñaladas si no firmaba de su nombre aquella cédula. Visto Marcián Diáñez la gran fuerza y rigor que con él se usaba, y porque no pasase más adelante la cosa, tomó la cédula con un suspiro y puso en ella: "Dónde fuerza hay, derecho se pierde"; y luego la firmó de su nombre, creyendo que con aquello quedaría contento.

"Viendo Diego de Caravajal lo que Francisco Marcián Diáñez había escrito, arremetió a él por le dar de puñaladas, y le hirió en las sienas, y Marcián le dixo: "Acabad ya, Caravajal, de matarme, y no lo endureís tanto, porque tan gran falsedad como esa no la firmaré, sino lo que tengo escrito". Luego Diego de Caravajal hizo otra cédula conforme a la primera, que la había hecho pedazos, y le tornó a decir que firmase aquella cédula, haciéndole mill juramentos que lo había de matar si no la firmaba, y él por no morir sin confisión, la firmó con grandes quexas, diciendo: "Caravajal, de otra manera se había de pedir esto, y en el campo, y no de la manera que lo habéis hecho". Y con esto le desataron, y a hora de noche lo llevaron dos negros a su casa en una silla, en donde estuvo algunos días en la cama, y cuando el licenciado Cepeda supo otro día esta desgracia, fué muy grande el enojo y pesar que rescibió.

"Diego de Caravajal, por el recelo grande que luego tuvo de Pizarro y de Cepeda y de Caravajal, luego aquello noche convocó sus amigos, y se hizo fuerte con ellos dentro de su casa, con ciertos arcabuceros que prestamente pudo recoger. Sabiendo Cepeda esto, convocó también a los suyos para favorecer a Francisco Marcián Diáñez, pues era uno de los buenos soldados que tenía en su compañía, y como Justicia Mayor, determinó prender a Diego de Caravajal, o quemallo vivo dentro de su casa, con los demás que estaban con él, porque a ellos fuese castigo exemplar, y a otros escarmiento. De manera que en esta hora andaba la cosa de tal arte, que se tuvo creído que hubiera algún mal y daño en la cibdad, porque cada uno de los bandos convidaban a los arcabuceros del maestro de campo por más valientes, los cuales llamaban paladines de Pocona, prometiéndoles grandes premios y galardones.

"Gonzalo Pizarro también rescibió grande enojo contra Diego de Caravajal, y otro día por la mañana procuró de lo prender, y viendo que no podía, por haberse hecho fuerte en su casa, dixo al maestro de campo que pusiese en ello la mano y lo remediase si pudiese. Francisco de Caravajal mandó luego apregonar en la plaza, y a los atambores apercibió que echasen bando por toda la cibdad, que ningún capitán ni soldado, de cualquier calidad y condición que fuesen, no diesen favor ni ayuda a ninguna de las partes en dicho ni en hecho, ni saliesen de sus casas para el dicho efecto, so pena de muerte y perdimiento de bienes. Mandado esto, luego se ajuntó con Pizarro, que había salido a la plaza a caballo con muchos de los suyos, y comenzaron entrambos de pasearse por toda la cibdad, con más de doscientos arcabuceros, para la seguridad della, que por ventura se podría recrescer algún escándalo que costase a muchos las vidas. Por otra parte mandó a los capitanes Juan de Acosta y a Juan Vélez de Guevara que con doscientos y cincuenta arcabuceros de sus compañías anduviesen, por su parte, por todas las calles de la cibdad considerando lo que había y lo que pasaba. Traía Francisco de Caravajal consigo dos crueles negros por verdugos,

cargados de cabestros y sogas en las manos, para el primero que se desmandase dalle garrote o mandalle luego ahorcar. Así mismo envió Gonzalo Pizarro a mandar a los dos enemistados que no se meneasen ni saliesen de sus casa, so pena de muerte, y mandó a Diego Vásques de Cepeda que no procediese en cosa alguna contra Diego de Caravajal, que como Justicia Mayor del Perú hacía cabeza de proceso contra él, hasta en tanto que él viese la causa y determinase lo que se había de hacer en el caso, y todo ello se cumplió. Tornó a mandar a los dos litigantes que se estuviesen quedos en sus casas y que no hiciesen ningún escándalo en la cibdad, ni lo consintiesen hacer, ni llamasen a ningunos amigos, so pena que si lo hacían, los mandaría quemar vivos dentro de sus posadas. A Francisco Marcián Diáñez envió a mandar, por otra parte, que él haría ver muy bien la justicia que pretendía tener, y que conforme a lo que alcanzase, la haría executar, y desta manera y suerte cesó un poco este nublado y tempestad, que se tuvo entendido que pararía todo en mal.

CAPITULO XXIX

"De cómo Francisco Marcián Diáñez pidió campo seguro a Gonzalo Pizarro, como señor de la tierra, para combatirse con Diego de Caravajal que malamente lo había afrontado, y de lo que sucedió en el caso.

"Conociendo el maestro de campo cuánto mal y daño se podría causar en la cibdad por la enemistad muy grande que estos dos hombres se tenían, si ellos iban en rompimiento y llevaban el enojo adelante, con los amigos que al presente habían ajuntado, que sería escandalizar y perturbar el pueblo, poniéndolo en condisción de perderse todo; principalmente se tuvo atención que estaban de día en día aguardando la venida del presidente, por lo cual el maestro de campo determinó por su parte de poner algún remedio para que estoviese de paz y seguro, y para entrar en otra mayor guerra que aguardaban, y así tomó la mano para lo[s] hacer amigos. Mirándolo y tanteándolo bien, vido que no satisfacía la cosa en los hacer amigos, por razón que Marcián Diáñez no había de querer, por ser fresco el daño, que no convenía hacer esta amistad sin alguna buena satisfacción que para ello se hiciese. Para esto se fué a Francisco Marcián Diáñez, y le aconsejó que pidiese a Gonzalo Pizarro le diese campo seguro para rehtar a Diego de Caravajal y combatirse con él, porque malamente había ido contra su honor y reputación, la cual estimaba en mucho, y así le dixo otras muchas cosas que le cuadraron bien. Esto hizo el maestro de campo, a fin que la salud y bien del campo del tirano se pudiese conservar con el peligro o muerte de alguno destos dos hombres, que, como dicho tenemos, estaba casi toda la gente alborotada y levantada, por favorecer al uno y al otro, que no la podían apaciguar sino por vía de mañas y sotilezas.

"Marcián Diáñez pidió campo seguro a Gonzalo Pizarro para rehtar a Caravajal su enemigo, y pelear con el de bueno a bueno, y el tirano se lo otorgó, y para la seguridad del campo mandó poner cuatrocientos arcabuceros, y se les dió plazo de veinte días que más no pudo dar, porque tenía nueva que el presidente estaba cerca. Marcián Diáñez envió a rehtar a Diego de Caravajal

con un trompeta, llevando un cartel de desafío, al cual dió una librea, y haciendo las ceremonias que en tal cosa convenían, le rebtó de parte de Marcián Diáñez delante de un escribano del rey y de muchos hombres, y después fixó el cartel en la esquina de la casa. Diego de Caravajal, dándose por rebtado, aceptó el desafío como Marcián lo deseaba, porque entrambos eran iguales y de buena parte, y así escogió el campo y las armas, que fueron espadas sin punta y dagas muy afiladas y en calzas y en jubón.

"Turante las treguas que les habían dado salieron después los litigantes a pasearse por la cibdad; unas veces andaban acompañados con sus amigos y otras veces solos, aunque en buenos caballos y secretamente bien armados, y desta manera se encontraban por las calles y se quitaban los sombreros sin hablarse cosa alguna.

"Venido el día y hora de la batalla, vinieron los dos litigantes con sus padrinos y muy acompañados de sus amigos y de muchos soldados, hasta llegar cerca del palenque, que estaba hecho a un lado de la plaza, y allí se apearon los dos, porque habían de lidiar a pie, en calzas y en jubón, como gentiles hombres. Estando los dos parados, el maestro de campo les cató si traían algunas armas secretas y aventajadas, y desque vido que no había ningún engaño, se hicieron las ceremonias que en tal caso convenían, partiéndoles el sol porque no diese de cara a alguno dellos. Iten, se mandó apregonar que ninguno tosesiese, ni escupiese, ni menease pie ni mano ni hiciese alguna señal a los dos litigantes, so pena de muerte natural y perdimiento de todos sus bienes. Ya que querían entrar, cada uno por su puerta, llegó a ellos un sacerdote con mucha priesa, el cual requirió a los dos litigantes, de parte de Dios y del Papa, que no entrasen en el palenque a lidiar hasta en tanto que el provisor y cabildo eclesiástico llegasen, so pena de excomunió mayor *late sentencie*. De la manera que les tomó voz y por lo haber mandado el maestro de campo, quedaron suspensos hasta que llegaron los señores deán y cabildo, los cuales vinieron con muchos clérigos con sus sobrepellices, y truxeron una cruz † cubierta con un velo negro. Llegados luego, requirieron a los dos que no peleasen ni entrasen en el palenque, so pena que los apartarían y apartaban de la unión y gremio de la Sancta Madre Iglesia, si lo contrario¹ hiciesen, como hombres desesperados y pertinaces que tomaban voluntariamente la muerte con sus propias manos. Habiendo hecho esto, se metieron en el palenque y lo maldixeron, y maldixeron a todos cuantos se hallasen presentes a ver aquella batalla y contienda, y no los apartasen de aquella lid, estorbándoles para que como hombres sin fee no se matasen. Estas cosas, con otras que allí se hicieron, pusieron gran terror y espanto a todos los que presentes estaban, que no hubo quien hablase tan sola una palabra, que parecía que todos habían quedado hechos personajes y mudos, y los clérigos se tornaron a la iglesia mayor.

"Viendo el maestro de campo estas cosas, mandó a los dos litigantes que no entrasen en la palizada, so pena de la vida, porque porfiaban de entrar, y ellos se estuvieron quedos, y con esto se fué Francisco de Caravajal al uno, y luego al otro, y les dixo muchas cosas que habían de hacer en cuanto a sus conciencias,

1 Tachado: lo.

almas y honras, porque no fuesen condenados perpetuamente si en la lid muriesen. Y pues que pretendían llevar adelante la quisti6n, que se hiciesen ciertas cerimonias convenientes a la salud y honra de entrambos, y que estas se habían de hacer en palacio, delante de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes y caballeros. Los dos litigantes, viendo que no podían salir con sus intenciones, rabiaban como canes, especialmente Francisco Marcián Diáñez, viendo que no satisfacía a su honor como él lo deseaba, de puro coraje quería reventar, y así se mostraba muy bravo y feroz. Más, al fin, ellos se fueron con el maestro de campo, que los llevó a palacio, siguiéndolos todos los soldados y subiendo arriba hallaron a Gonzalo Pizarro asentado en una rica silla, que estaba puesta debaxo de un dosel de terciopelo carmesí, bordado de plata y oro, el cual estaba muy acompañado de sus capitanes y de sus soldados. Todos los que parecieron ante él le hicieron su acatamiento, y él les quitó el sombrero, y luego Francisco Marcián Diáñez propuso su querrela diciendo que Diego de Caravajal le había cometido traición y maldad contra la honra de gentil hombre, el cual hecho no era de caballero, sino de alevoso, pues debaxo de la amistad que siempre habían tenido, le habían enviado a llamar sobre seguro, para lo afrontar o matar, y entonces le contó todo lo que había pasado, que no faltó cosa. Diego de Caravajal respondió que él no tenía qué decir contra las cosas falsas que Marcián Diáñez le imponía, sino era lo que en una cédula se contenía escrito y firmado de su nombre, y que aquello daba él por respuesta, pues era cierto y verdadero lo que allí decía.

"El maestro de campo, viendo que la cosa había de ir en demandas y respuestas, y que de aquella suerte no se habían de avenir, dixo a Diego de Caravajal que hiciese lo que le había dicho, pues en ello se evitaban grandes enojos y pasiones; dixo entonces Diego de Caravajal, que todos lo oyeron: "Francisco Marcián, a lo que decís que yo os afronté haciendo lo que no debía contra la honra de gentil hombre, estando vos en mi casa seguro, habiéndoos enviado a llamar como a mi amigo, a esto digo que si fuera en el campo y estuviéramos solos, no me atrevería de acometeros ni a vuestra persona tocar. Y a lo que decís que yo os corté la barba y os herí con una daga estando vos atado, a esto digo que si estuviérades suelto, que yo no osara hacerlo ni os acometiera, y por tanto yo os la doy, pues con ella se hizo el maleficio que decís". Y con esto le dió la daga, diciéndole que si quería que le diese más satisfacción de obra o de palabra, que él la daría, mas que no sabía cómo ni de qué manera, y Francisco Marcián Diáñez le dixo: "La satisfacción que yo quiero agora es que luego me déis la cédula que firmé por fuerza y contra toda mi voluntad". Y Diego de Caravajal envió luego por ella, y traída se la dió. Marcián Diáñez le dixo: "Conoced que me hicistes firmar esta cédula por fuerza y contra toda mi voluntad". Y él dixo que así era verdad como él lo decía. Luego le pidió la espada que tenía en la cinta, con la cual había de pelear, y él se la dió, y la tomó por la empuñadura y dió con ella a su contrario un golpe liviano en el hombro derecho, y luego preguntó si había más qué hacer para satisfacerse con su honra y reputación. El maestro de campo le dixo que todo estaba muy bien hecho, y que había cumplido muy honradamente con su buena reputación y honra, y que no había más que hacer en ello.

"Hechas estas cosas, luego Gonzalo Pizarro, en presencia de todos, los reconcilió y los hizo amigos, y Francisco Marcián Diáñez volvió la daga y la espada a Diego de Caravajal, no por temor que dél tuviese, sino de virtud que con él quiso usar, y le dixo: "Tomad esta espada y daga, que como caballero las podéis ceñir, y de aquí adelante no creáis a malos terceros, porque os irá muy mal dello. Y a vuestros criados que os dieron favor y ayuda yo los perdono, porque en parte no tienen culpa, porque fueron mandados". En fin, ellos no parecieron más, porque se huyeron; y a estos dos no les turó mucho tiempo la amistad con la venida del presidente.

"Los capitanes que se hallaron presentes a ver estas ceremonias, algunas dellos dixeron que Francisco Marcián Diáñez se había satisfecho muy bien en haber quitado las armas a su contrario, dándole con la espada en el hombro derecho. Otros dixeron que más honra había ganado en la virtud y nobleza que con él había usado en volvérselas y tomalle allí luego por amigo, porque si él quisiera le pudiera hacer que en toda su vida anduviera sin armas ningunas, pues se las había rendido, que fuera gran mengua para él. De manera que unos alababan a Marcián y otros a Diego de Caravajal, diciendo muchas cosas en favor dellos y en disfavor. De manera que el hombre esforzado, poniéndose en medio de dos extremos, tomará el acto que le pareciere tomar, según la razón que viere, consideradas primero las calidades y circunstancias de las cosas, como son las personas, tiempo y lugar, y en otra no, como lo refiere el doctor Palacios Rubios en el *Libro del esfuerzo bello púnico**, donde lo relata y dice: "Que si dos hombres entraron en el campo, o quisieren entrar a satisfacer el uno del otro, que al tiempo que habían de poner en obra la batalla les fuere mandado y vedado por quien lo puede hacer y mandar que no peleen, por esto y por los impedimentos que hubiere, que cada uno dellos se dirá esforzado en aquel acto en que estaba". Y en cuanto a lo que toca de la afrenta que se hizo al afrontado, si el rebtador se satisfazo del rebtado, se dexa a la discreción del juez que está desapasionado, y en nada aficionado, para que lo determine y sentencie, mirando primero las ceremonias que se hicieron delante de Gonzalo Pizarro, que mandaba entonces la cibdad del Cuzco. Mas, y alliende desto se ha de mirar una cosa, y es a saber: que el afrontado, como esforzado, se puso en donde se había de satisfacer de su contrario, que estaba presto de hacer batalla con él, y como no le dexaron para cobrar su honra, como ya queda dicho, se quedó así, y esto determinenlo, como digo, los desapasionados y correctivos jueces, si cumplió con su honra en ponerse en el palenquo, o no.

"Y dexado esto aparte, digamos agora lo que aconteció en la cibdad del Cuzco por los tiranos que en ella estaban".¹³

* * *

* Así en el ms. Se refiere al *Tratado del esfuerzo bellico heroyco*, impreso en Salamanca año de 1524.

13 Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... "Quinquenarios" o "Historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de otros sucesos de las Indias". En: Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, Ediciones Atlas, 1964. Tomo IV, Libro V, capítulos XXVIII (bis) y XXIX, págs. 116 a 122.

Veamos, en primer lugar, la trayectoria en el Perú de los protagonistas de este lance: Diego de Carvajal, quien tenía como remoquete el de "Galán", y Francisco Marcián Diáñez. Sobre el primero hay información abundante y detallada no sólo en las crónicas sino también en multitud de documentos oficiales y privados de la época. Con dichos elementos José Antonio del Busto, en su "Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú", ha trazado la semblanza de Carvajal donde consigna, como hecho real, su conflicto y frustrado desafío con Marcián Diáñez¹⁴. A los numerosos datos que aporta el mencionado historiador sobre Diego de Carvajal podemos añadir que éste fue ajusticiado en el Cusco el 2 de mayo de 1548.¹⁵

Algo muy distinto ocurre con Francisco Marcián Diáñez "gran músico" y oriundo del reino de Valencia de Aragón, según Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Este personaje no aparece en las otras crónicas quinientistas ni en documento alguno¹⁶. Siguiendo la técnica literaria que señalaba Bataillon, luego de asignarle un papel protagónico, Gutiérrez de Santa Clara sólo vuelve a mencionarlo como uno de los condenados a galeras, después de la derrota de Gonzalo Pizarro a manos de las huestes del Pacificador Pedro de la Gasca¹⁷. Junto al nombre de Marcián Diáñez el cronista mexicano coloca el de otros reos, todos los cuales hemos tratado de documentar. Lo logramos sólo con uno: Pedro de Ravena. Curiosamente Gutiérrez de Santa Clara señala que era "buen piloto y marinero", sin consignar su lugar de procedencia¹⁸. Por un documento del Archivo General de Indias de Sevilla que contiene una de las listas más extensas de rebeldes sentenciados sabemos que este Pedro Ravena era oriundo de San Lúcar, que es tierra de expertos y osados hombres de mar.¹⁹

14 Del Busto, José Antonio... "Diccionario Histórico-Biográfico de los conquistadores del Perú". Lima, Ediciones Studium, 1986. Tomo I, págs. 322 y 323.

15 "Documentos relativos a don Pedro de la Gasca y a Gonzalo Pizarro". Contribución al XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. Edición de Juan Pérez de Tudela. Madrid, Real Academia de la Historia, 1964. Tomo II, pág. 421. Relación de La Gasca a don Francisco de los Cobos. Cusco, 3 de mayo de 1548.

16 Hemos revisado todas las crónicas que tratan sobre las guerras civiles del Perú, los dos tomos de los papeles de La Gasca mencionados en la nota anterior y nuestros apuntes tomados durante el tiempo que investigamos sobre este tema en el Archivo General de Indias de Sevilla. Tampoco aparece Francisco Marcián Diáñez en los trabajos de don Rafael Loredó "Alardes y Derramas" (1942) ni en los "Repartos" (1958). Indudablemente debe ocupar una ficha entre los 260 personajes imaginarios que, según Marcel Bataillon, solo conoció Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Debemos añadir que, efectivamente, ambos apellidos son oriundos del reino de Aragón; otra prueba del cuidado en los detalles que ponía Gutiérrez de Santa Clara. Atienza consigna *Marcén*, que debió castellanizarse como Marcián, y dice que sus armas son en campo de gules, un castillo de oro terrasadado de sinople, y una escalera de mano apoyada a una ventana, y subiendo por ella, un guerrero. El otro apellido es, en su forma original, *Dillanes* y sus armas son , en campo de oro, un león rampante, de púrpura. Atienza, Julio de... "Nobiliario español". Madrid, Ediciones Aguilar, 1954, págs. 512 y 340.

17 Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Ob. cit. Tomo IV, Libro V, cap. XLIX, pág. 175

18 Archivo General de Indias (A. G. I.). Justicia 1069. Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... Ob. cit. Tomo III, Libro IV, Cap. XVII, pág. 181, 182.

19 A. G. I. Justicia 1069.

Se puede concluir, salvo que en algún momento se pruebe fehacientemente la existencia de Francisco Marcián Diáñez, que éste es uno de los comparsas que utilizó Gutiérrez de Santa Clara para animar dos capítulos ciertamente sugestivos de su crónica narrando una historia que era fruto de su imaginación, aunque con apariencia de realidad. Al respecto, Gutiérrez de Santa Clara cuidó todos los detalles atribuyéndole a Marcián Diáñez origen valenciano, patria de muchos caballeros que en el siglo XV vivieron con intensidad "el excitante ambiente de las peleas, desafíos y batallas singulares ..." ²⁰. No olvidemos que el arquetipo de todos ellos es Johanot Martonell (1413-1468), autor principal del "Tirant lo Blanch", cuya vida fue una auténtica novela de caballerías ²¹. Marcián Diáñez, pues, tenía que ser heredero y sin duda conocedor de una añeja tradición caballeresca.

Con gran donosura Gutiérrez de Santa Clara desarrolla una trama donde la fraterna amistad entre dos hombres se rompe por obra de "malos terceros" y del "demonio que nunca duerme". Hay también un cargo gravísimo —cobardía— que no puede sufrir, sin buscar desagravio, la honra de un caballero. Tenemos así mismo una afrenta —la que comete Diego de Carvajal contra Marcián Diáñez— y la evocación, con una pequeña variante, de uno de los refranes que coleccionó don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana: "Do fuerza viene, derecho se pierde" ²².

No falta tampoco el ingrediente amoroso ni la presencia femenina en carnada por doña Catalina Salazar. Claro está que el tema fundamental es la defensa que hacen de su honra ambos personajes aunque por diferentes vías. Esto se explica porque tanto Diego de Carvajal como Marcián Diáñez eran bien nacidos, ya que la honra, recuerda José Durand, en sentido estricto "sólo correspondía a la nobleza, esto es, al rico-hombre, al caballero y al hidalgo" ²³. A cambio de ser los acaparadores legales de la honra —añade Durand— los nobles y los hidalgos "se echaban deberes terribles que no contaban para el plebeyo" ²⁴. Por eso Marcián Diáñez se siente obligado a combatir a muerte "de bueno a bueno" con Diego de Carvajal para salvar su reputación "que estimaba en mucho".

Vienen luego unos párrafos que parecen arrancados de una novela de caballerías. Es indudable que Gutiérrez de Santa Clara debió haber leído alguna de esas historias artificiosas a las cuales fueron muy aficionados buen número de personas tanto en México como en el Perú, y en toda América, así como a libros "sobre aventuras fabulosas o exóticas", tal como señala Irving A. Leonard. ²⁵

-
- 20 Riquer, Martín de... "Caballeros andantes españoles". Madrid, Espasa Calpe, 1967, pág. 41.
- 21 Riquer, Martín de... Ob. cit., págs. 41-45.
- 22 López de Mendoza, Iñigo (Marqués de Santillana). En: "Refranero Clásico Español". Madrid, Taurus Ediciones S. A., 1960, pág. 16.
- 23 Durand, José... "La transformación social del conquistador". Lima, Editorial Nuevos Rumbos, 1958, págs. 54 y 55.
- 24 Ibidem.
- 25 Leonard, Irving A... "Los libros del conquistador". México, Fondo de Cultura Económica, 1953, Cap. IX, pág. 100.

Reviviendo en la imperial capital de los incas los usos de los caballeros europeos de la decimoquinta centuria, Francisco Marcián Diáñez "pide campo seguro" a Gonzalo Pizarro. Según Martín de Riquer, admirable conocedor del tema que venimos tratando, estos enfrentamientos para enmendar agravios eran muy frecuentes y el "campo seguro" era solicitado a un monarca o gran señor²⁶. Tal vez Gutiérrez de Santa Clara, para resaltar que el jefe de los rebeldes asumía actitudes de soberano, lo presenta concediendo la liza donde debía guardarse una solemnidad impresionante mientras cumplían sus funciones los heraldos, persevantes, trompetas, fieles de campo, padrinos, etc.²⁷

Cierto es, como refieren Diego Fernández "El Palentino" y el Inca Garcilaso de la Vega, en sus respectivas crónicas, que por entonces abundaron los desafíos. "En aquellos tiempos —memora el Inca— andaban los soldados tan belicosos en el Perú, particularmente en los Charcas y en Potosí y sus términos, que cada día había muchas pendencies singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman *pulperos*, nombre impuesto a los más pobres vendedores, porque en la tienda de uno dellos hallaron vendiéndose un pulpo".²⁸

Obviamente el motivo de estos enfrentamientos la mayoría de las veces era por achaques de honra. Y es que se estaba operando la transformación social de los conquistadores, ansiosos de gloria y fama. Lejos de las diferencias existentes en España, establecidas por la cuna, aquí, en el Nuevo Mundo, todos se pretendían señores y, como tales, protegían su honra, hasta los "pulperos".²⁹

Mas el episodio que consigna Gutiérrez de Santa Clara es muy distinto a los que anotan los mencionados cronistas por el modo tan minuciosamente ceñido al complicado ceremonial caballeresco con el que narra la controversia entre Diego de Carvajal y Francisco Marcián Diáñez. En ese texto se observa una a una las formas "que las costumbres de la caballería habían establecido para los duelos, con sus locuaces preliminares de carteles de desafío y cartas de batalla, y las bizantinas negociaciones sobre el lugar y las condiciones del combate..."³⁰

Francisco de Carvajal, el singular maestre de campo de Gonzalo Pizarro, aparece como el gran conocedor de esos menesteres y es él quien examina a los combatientes comprobando que no llevaran consigo "armas secretas y aventajadas" y luego "les parte el sol" para que ninguno de los dos

26 Riquer, Martín de... Ob. cit., pág. 157.

27 Riquer, Martín de... Ob. cit., pág. 142.

28 Inca Garcilaso de la Vega... "Historia General del Perú. Segunda Parte de los Comentarios Reales de los Incas". Puebla (México). Editorial José M. Cajica Jr., 1953. Tomo III, Libro VI, Cap. XX, ág. 73.

Fernández, Diego (El Palentino)... "Historia del Perú". En: Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, Ediciones Atlas, 1963. Tomo I, Segunda parte, Cap. IV, pág. 292 y siguientes.

29 "Historia Social y Económica de España y América". Dirigida por J. Vicens Vives. La Sociedad Colonial Americana en los siglos XVI y XVII, por Guillermo Céspedes del Castillo. Barcelona, Editorial Teide, 1957, págs. 424 y 425.

30 Riquer Martín de... y Vargas Llosa, Mario... "El combate imaginario". Las cartas de batalla de Joanot Martorell. Barcelona, Barral Ediciones, 1971, pág. 10.

contricantes tuviera a su favor un destello que pudiera cegar o incomodar al otro.

El siguiente paso no deja de ser aleccionador y sin duda Gutiérrez de Santa Clara buscó exaltar la importancia de las autoridades eclesiásticas, y del clero en general, bastante mellada por la soldadesca de Gonzalo y principalmente por Francisco de Carvajal. Ante la presencia de los hombres de Dios, los asistentes al palenque levantado en un extremo de la plaza mayor del Cuzco son víctimas de "gran terror y espanto", dispersándose en medio de un sobrecogedor mutismo. Tal actitud, de haber sido cierta, no concordaría con el talante de Gonzalo Pizarro ni mucho menos con el de su bronco maestro de campo.

El final de la historia sigue también su curso a usanza caballeresca. Luego de un puntilloso ceremonial Gonzalo Pizarro reconcilia a los adversarios, aunque queda flotando, en las filas rebeldes, como motivo de polémica, cuál de los dos milites tenía la razón y si la honra de entrambos quedaba impoluta.

De todo lo mencionado podemos sacar algunas conclusiones: se reafirma la hipótesis de Marcel Bataillon respecto a las comparsas que Gutiérrez de Santa Clara —hay que admitirlo— manejó con singular habilidad; el mestizo mexicano tenía ciertamente un gran conocimiento libresco no sólo de las cosas ocurridas en el Perú durante la rebelión de Gonzalo Pizarro, sino también sobre temas caballerescos y de otra índole; por último, los *Quinquenarios*, a los que dedicó varios años de paciente estudio el siempre recordado hispanista francés, deben consultarse con cautela, pues en ellos mucho de cierto está constantemente engarzado con episodios y personajes de ficción.